



La palabra amorosa

CARMEN VILLORO*

Me gusta escribir porque cuando pongo mis pensamientos por escrito me entero de lo que pienso y puedo también transmitirlo a otros. Esto me hace pensar que el lenguaje escrito es un ordenador de imágenes y de ideas que cruzan por la mente de manera aleatoria, y que en el papel encuentran un acomodo y un sentido que no consiguen cuando están sueltas en la órbita de las divagaciones. Empiezo hablando de la palabra escrita porque, me doy cuenta, es más asible que la palabra hablada. El lenguaje escrito tiene una sintaxis clara, una linealidad gramatical de sujeto-verbo-complemento con la que los que hablamos el mismo idioma nos entendemos. Pero el lenguaje oral no sigue las mismas reglas.

Conversar es un arte que incluye al otro de manera consciente y decidida. Yo te cuento a ti mi historia, te relato una película o un acontecimiento con el deseo de que tú puedas vivir lo que yo viví. Se trata de compartir una experiencia en la cual lo que importa no es la claridad de las ideas, sino la transmisión de una vivencia emocional. El lenguaje oral se vale de los tonos, del timbre de la voz, de las exclamaciones que acompañan las frases que no siempre tienen que estar bien construidas. El lenguaje hablado tiene permisos que el escrito no tiene: brinca de un tema a otro, repite, se tropieza y vuelve a andar, quitado de la pena.

Cuando invitamos a un paciente a que “asocie libremente”, ¿qué estamos haciendo? Abrimos la posibilidad de que el otro haga un recorrido por su subjetividad y le dé voz a una multiplicidad de estímulos que habitan su mente y su cuerpo. “Hable usted de lo que le venga a la mente”, les decía Freud a sus pacientes. “Habla de lo que quieras, todo es importante”, les decimos los psicoanalistas de estos tiempos. No se trata del arte de conversar porque al paciente no le interesa cautivar a su interlocutor, y si es eso lo que quiere, ya estamos en el terreno de la resistencia. La asociación libre del paciente nos incluye de una manera particu-

*Carmen Villoro
Psicoanalista titular en
función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara

carmenvilloro@yahoo.com.mx



lar y diferente: no somos un *partenaire*, no somos el otro sujeto de un diálogo; somos la escucha atenta de su discurso loco, el continente de imágenes e ideas más bien caóticas y desordenadas que brincan de nivel, se contradicen, se encadenan o se niegan unas a otras; el consultorio es la zona de tolerancia donde las palabras, por más que se tropiezan, dicen. No se necesita estar loco para hablar como loco. Todos hablamos como locos cuando el aflojamiento de la represión nos lo permite. Y es precisamente en las rupturas de la sintaxis, en los cambios absurdos, en las ocurrencias sorprendidas o en las equivocaciones donde la verdad interior se asoma o, de plano, se revela.

Y el analista, ¿sólo escucha? ¿Es el analista una gran oreja hospitalaria que acoge en su laberinto las palabras que su paciente ha logrado invitar al convite del rito contemporáneo que es el psicoanálisis? El analista, ¿qué debe hablar? ¿Cómo intervenir en la navegación privada del paciente sin ser ni muy intelectual, ni muy intrusivo, ni muy desubicado, ni muy seductor, ni muy frío, ni demasiado inteligente, ni muy tonto?

Nuestra difícil profesión comienza con renunciar al dominio consciente de la palabra hablada. Eso dejémoslo para escribir después, *a posteriori*, los largos ensayos sesudos que presentamos en los congresos internacionales.

Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre la interpretación. Horacio Etchegoyen le dedica 170 páginas en su libro *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*, de Editorial Amorrortu. Se ha clasificado, deconstruido, organizado, fabricado, lustrado, pulido y encerado como un arma de fuego que guardamos para la cacería mayor del inconsciente. Pero, ¿qué es la interpretación sino ese hechizo que sale de la boca sin pensarlo, esa ocurrencia

aparentemente vana o demasiado fácil que brota como un brote, retoña como un retoño y brinca como un brinco en medio del lenguaje rompiendo la hilazón cuando ésta se ha tejido tanto que está a punto de volverse impermeable? Eso muy natural, que sale porque sí, porque hasta parece obvio, es lo que da al discurso del paciente, aunque loco, su carta de naturalización, su legitimidad.

Comencé hablando del lenguaje escrito, ese que, mientras más purgado de metáforas, de expresiones coloquiales, de guiños, más se acerca al ensayo académico, a la ciencia. Seguí con la conversación y ahora se me ocurre hacer la analogía de este lenguaje oral con el relato. Aunque lleno de imágenes y referencias sensoriales, aunque capaz de evocar emociones, el relato tiene una estructura horizontal, un comienzo, un desarrollo y un final, y procuramos casi siempre que sea un final feliz.

La asociación libre, y su contraparte, la atención flotante, y las intervenciones libres del analista en sesión debieran parecerse más a la poesía, pero no a la poesía clásica, medida y rimada, así como bien estructurada, sino a la poesía de vanguardia, esa que, con Huidobro en América y Rimbaud en Europa, pusieron de cabeza la lógica gramatical.

Sé que estoy siendo exagerada, que no se trata de decirles a los pacientes cualquier cosa porque nos venga en gana, pero quiero partir de un espíritu tanto de libertad como de naturalidad que le quite el *corset* a nuestro trabajo, y lo convierta en algo gozoso y liberador.

El paciente llega a nuestro consultorio cargando un sufrimiento. La vida le duele como nos ha dolido a nosotros tantas veces. Entre todas las cosas de las que puede hablar, está ese sufrimiento que lo aqueja. Me gusta mucho la postura de André Green cuando en el capítulo 11 de



De locuras privadas habla así del análisis: "(...) el analista no escucha solamente con su oído –aun cuando fuera el tercero– sino con todo su cuerpo. Es sensible a las palabras, a la entonación de la voz, a las suspensiones del relato, a los silencios y a toda la experiencia emocional del paciente. Sin la dimensión del afecto, el análisis es una empresa vana y estéril. Sin compartir las emociones del paciente, el analista no es más que un robot-intérprete que mejor haría en cambiar de profesión, antes que sea demasiado tarde".

La intervención libre del analista tiene, eso sí, varios propósitos. El primero es hacer saber al paciente que hay una comprensión emocional de su lenguaje. Esto a veces se logra con una mínima expresión en el tono adecuado, una broma sensible, una pregunta que, más que pregunta, es una invitación a continuar. "La intención gobierna el lenguaje". Otro propósito es brindar hipótesis y construir nuevas historias.

En el ensayo que escribimos en equipo algunas analistas de la APG, "Había una voz", publicado en el número 11 de la Revista de Psicoanálisis de Guadalajara, concluimos que "la palabra analítica puede ser esa intervención mínima de tipo enigmático que activa transformaciones emocionales en el campo, sin llegar a explicaciones saturadas ni perseguir respuestas exhaustivas".

Cuando hago la comparación del lenguaje analítico con el poético, no creo solamente estar cayendo en una distorsión a causa de mis predilecciones personales. La poesía tiene el poder evocador de experiencias emocionales. Es representación, palabra nutrida de representaciones, cosa que incide en registros corporales, semióticos, de otra forma inabordables. Pero no se trata de leerles o decirles poemas a los pacientes, sino de entender que

el modelo de construcción semántica es similar. Se trata de un asunto de sintaxis que es la organización de sentido. La función poética, como dice Jakobson, es contemporánea de la primera infancia, confiere al lenguaje un interés propio "que supera y deja de lado las significaciones de las palabras". Es como si lo presignificativo se tendiera a borrar cuando el lenguaje adquiere sentido pleno, y como si se pudiera recuperar en el juego sin sentido de la poesía... y de la interpretación.

Dice Green:

(...) el poeta *evoca*. Llama, hace que vengan y resurjan las sombras y su memoria. Interroga, apostrofa, interpreta, dando existencia –gracias a la palabra– a inexistentes. El poeta despierta. Representa. Con esta acción, se opone a la borradura, al alejamiento, al olvido, a la represión. Es el heraldo de una palabra viva, de ahí que el analista pueda reconocerse en él en su tarea tan trivialmente prosaica. En la poesía está también la idea de ir para atrás (verso), mientras que la prosa procede, va hacia adelante.

En la función poética que el analista despliega, no está sólo en juego el uso distinto de la sintaxis, sino algo que produce otra cosa que no se transmite en el habla corriente. En ello intervienen la lógica afectiva, el sentido común de la imaginación y la fantasía. Pero, a veces, éstos se utilizan también en el habla común. Entonces tenemos que buscar la diferencia en el contexto en el que se anuncia, es decir, en el encuadre.

Viñetas:

Ana regresa después de varias sesiones de ausencia. Yo tengo prendidas unas velas de citronella para espantar mosquitos.



Ella dice: “¿Y esas velitas?”. Yo le contesto: “Te puse veladoras, a ver si regresabas”. Esta broma condensa varios significados:

- Quería que regresaras.
- Te he estado esperando.
- Te esfumas sin avisar.
- Te haces la interesante.

Cualquiera de ellos, de haber sido enunciado, habría sonado seductor, intrusivo, o bien, acusatorio.

*

Beatriz es pintora. Ha tenido mucho éxito con sus libros ilustrados para niños. Su madre la critica continuamente por dedicarle tanto tiempo a la escritura y por querer “ser famosa”. Ha decidido guardar silencio ante ella acerca de sus logros, pero ha llevado al extremo de no comunicarle a nadie de su familia, ni a sus hermanos, que le llegaron las ilustraciones de su nuevo libro. “Quieres castigar a tu mamá, pero en realidad la estás obedeciendo”. ¿Notan ustedes la provocación en mis palabras?

*

Sandra se ve desesperada. Por más que entiende que ya no tuvo la madre que ella hubiera querido tener, le sigue doliendo al grado que la enferma. Quiere encontrar en el psicoanálisis un porqué a su sufrimiento. Por qué si puede entender con la cabeza las limitaciones de su mamá, por qué si lleva tantos años en análisis, le sigue doliendo. Después de varias arremetidas para que yo le dé alguna explicación, le digo: “Porque la vida duele, Sandra. A ti, a mí, a todos”. Ella recibe mi respuesta como un gran descubrimiento: “La vida duele”, dice en voz baja, moviendo la cabeza afirmativamente. “La vida duele, la vida due-

le”, y se va de la sesión repitiendo la frase como un mantra, o chupándola como un caramelo entre los labios.

¿Por qué le hace tanto sentido esta frase a mi paciente? Hay en ella una verdad poética, sin duda, pero si fuera una frase en mi muro de FB la veríamos como un lugar común, una verdad de Perogrullo. Si repito esta misma frase a la señora de la tienda de la esquina, que es mi amiga, y compartimos muchas impresiones sobre la vida, ella me contestaría: “Sí, ¿verdad, Carmelita? Está cabrón”, y seguiría acomodando las verduras.

Es el dispositivo analítico el que permite que la frase se convierta en aforismo valioso, en elemento gentil para el consuelo, en alimento nutritivo.

¿Dónde queda el amor en todo esto? El discurso es un conjunto de signos dotado de valor emocional y afectivo. Dice Green: “(...) el lenguaje entra en el sistema de la representación, donde se asocia a otros órdenes representativos, entre ellos el de la cosa y el afecto, categoría sumamente descuidada tanto en las teorías del lenguaje como en las de los objetos”.

El lenguaje en psicoanálisis está al servicio de la pulsión de vida. Si en algún momento nos interesa entender, si para ello utilizamos la intelectualidad y desarrollamos complicadísimas teorías, lo que pulsa en la habitación analítica es la afectividad. La vibración emocional que el analista impone a sus palabras, y que hoy llamamos “amor” sólo porque no tenemos otra forma de llamarle, es captada por el paciente como una intención que cura.

La “palabra” en psicoanálisis es una metáfora. Cuando decimos que la palabra “cura”, no estamos diciendo que exista una palabra en concreto que tenga cualidades medicinales, ni que el lenguaje hablado tenga en sí mismo la propiedad



de curar. Cuando rezamos al dios católico y le imploramos: "Yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma", sí estamos depositando en la palabra concreta, una palabra, la de Dios, el poder de aliviarnos de todo dolor y sufrimiento. La "palabra" analítica es el registro de palabras, gestos, afectos, movimientos, emociones, actos, recuerdos e imágenes que son representados en el verso poético que pronuncia el analista. Cuando afirmo que la palabra es una metáfora, es porque, cuando hablamos de la cura por la palabra, en realidad estamos hablando del encuadre, no de la palabra. Y aquí acudo a otro libro de André Green, *El pensamiento clínico*; en el capítulo sobre la terceridad, explica cómo Lacan quiso homologar el aparato psíquico con el aparato del lenguaje, pero cómo Freud había propuesto, precisamente, que el lenguaje era *otra* cosa, un representante de algo que no está, y con ello planteó la noción de heterogeneidad. Dice: "(...) es en esta tensión donde reside la fecundidad de la semántica psicoanalítica, que conduce a someter la psique al pasaje por el mundo del lenguaje, obligándole a atravesar ese desfiladero unificador de la expresión (o,

al menos, a la imposición drástica de hacer pasar todo por el canal de la palabra), y ello, con el fin de referirla incontestablemente no sólo a lo que ella no es y a lo que está en sus antípodas, sino también a la ampliación obligada de las estructuras de sentido".

Entonces la cura por la palabra es la cura que se da en esa situación tan especial y artificial, en ese dispositivo que es la sesión analítica, en donde la palabra es el canal en el que confluyen elementos de muchos otros registros que están también presentes: el cuerpo y sus excitaciones, los afectos, la atmósfera circundante, las imágenes que rondan en la mente del paciente y del analista mientras eso sucede.

Y cuando hablamos de la palabra amorosa, aun sabiendo que el amor no existe, es porque la palabra poética no puede desvincularse de la intención amorosa, aquella que se dirige a la experiencia emocional del otro y que pretende vibrar y hacer vibrar el corazón. Y el corazón, ¿existe? Sabemos que es otra metáfora. Que "cura", "amor" y "corazón" son palabras que caen en lo sentimental, pero como dijo alguna vez el poeta Ricardo Yáñez: "Prefiero ser cursi que no decir nada."